

San Pedro de Alcántara en Extremadura I

Construcción hagiográfica y memoria
social en la Edad Moderna

**COLECCIÓN CULTURA Y MENTALIDADES DEL MEDIEVO Y LA MODERNIDAD
(CMMM)**

COMITÉ CIENTÍFICO

Prof.^a Dra. Georgina Abbate, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina

Prof. Dr. Óscar Yécid Aparicio Gómez, Academia Hispanoamericana de Doctores, Bogotá, Colombia

Prof. Dr. D. Gianfranco Armando, Archivio Apostolico Vaticano, Città del Vaticano

Prof.^a Dra. Erica Baricci, Università degli Studi dell'Insubria

Prof. Dr. José Jaime Brosel Gavilá, Instituto Español de Historia Eclesiástica, Roma, Italia

Prof. Dr. Javier Burrieza Sánchez, Universidad de Valladolid

Prof. Dr. Sergio Raúl Castaño, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, Argentina

Prof. Dr. León María Gómez Rivas, Universidad Europea de Madrid

Prof. Dr. Juan Francisco Jiménez Alcázar, Universidad de Murcia

Prof.^a Dra. María José Lop Otín, Universidad de Castilla La Mancha

Prof. Dr. Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, Universidad de Granada

Prof.^a Dra. Francesca Manzari, Sapienza Università di Roma

Prof.^a Dra. Clara-Inés Ramírez-González, Universidad Nacional Autónoma de México

Prof. Dr. Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, Universidad de Salamanca

Prof. Dr. Fernando Romera Galán, Universidad Católica de Ávila

Prof.^a Dra. María Saavedra Inajara, Universidad CEU San Pablo de Madrid

Prof.^a Dra. Karen Stöber, Universitat de Lleida

COLECCIÓN CULTURA Y MENTALIDADES DEL
MEDIEVO Y LA MODERNIDAD

San Pedro de Alcántara en Extremadura I

Construcción hagiográfica y memoria
social en la Edad Moderna

JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ

Universidad Pontificia de Salamanca
Editorial Sindéresis

Salamanca-Madrid
2026

Esta Editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.



Calvo Gómez, José Antonio, 1975- , autor

San Pedro de Alcántara en Extremadura. I, Construcción hagiográfica y memoria social en la Edad Moderna / José Antonio Calvo Gómez. – Salamanca : Universidad Pontificia de Salamanca ; Madrid : Editorial Sínderesis, 2026

417 páginas . – (Cultura y mentalidades del Medievo y la Modernidad ; 1)

Prólogo de Jesús Pulido Arriero

Incluye referencias bibliográficas (páginas 401-417)

D.L.: S 368-2026. – ISBN: 979-13-87569-50-1 (Universidad Pontificia de Salamanca) .- ISBN: 979-13-87929-81-7 (Editorial Sínderesis)

1. edro de Alcántara, Santo, 1499-1562. I. Pulido Arriero, Jesús, 1965- , prologuista.

929 Pedro de Alcántara, Santo

272 Pedro de Alcántara, Santo

© UPSA Ediciones

Universidad Pontificia de Salamanca

Compañía, 5 • Teléf. 923 27 71 28

publicaciones@upsa.es • www.publicaciones.upsa.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com <<http://www.conlicencia.com>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Imagen portada:

© 2026, Editorial Sínderesis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN:

Este trabajo ha sido realizado con la ayuda del Instituto Español de Historia Eclesiástica, anejo a la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat en Roma, en el marco de los proyectos de investigación del año 2026.

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
Capítulo 1. El modelo de la santidad de la contrarreforma	19
1.1. Introducción	19
1.2. Los tres procesos informativos entre 1601 y 1618.....	24
1.3. El modelo de la santidad de san Pedro de Alcántara	31
1.3.1. <i>La santidad es manifiesta y pública</i>	32
1.3.2. <i>La vida de santidad reclama cierta coyuntura familiar</i>	36
1.3.3. <i>La santidad está adornada por fenómenos sobrenaturales, que manifiestan la particular bendición de Dios</i>	37
1.3.4. <i>La santidad, fuera del martirio, exige la virtud en grado heroico</i>	39
1.3.5. <i>La santidad como don reclama la acogida y el cambio de vida. Las obras de la caridad y misericordia son la primera manifestación del don de la gracia</i>	42
1.3.6. <i>Dios muestra el deseo de honrar la santidad de una persona y obtener por su intercesión gracias sobrenaturales a través de los milagros</i>	45
1.4. Conclusión	49
1.5. Documentación	50

Capítulo 2. El estatuto de limpieza de sangre.....	73
2.1. Introducción	73
2.1.1. <i>El proceso de canonización de san Pedro de Alcántara</i>	<i>74</i>
2.1.2. <i>Una nueva fuente para la investigación histórica</i>	<i>76</i>
2.1.3. <i>Un estatuto de limpieza de sangre para el cielo que sirve para la tierra</i>	<i>79</i>
2.1.4. <i>Algunos datos sobre la vida de san Pedro en Alcántara</i>	<i>81</i>
2.2. Los dos procesos informativos en Alcántara en 1616 y 1618.....	83
2.3. Las dudas de la investigación contemporánea	88
2.4. La interpretación de los ocho testigos y de sus declaraciones.....	94
2.4.1. <i>El conocimiento que exhibe cada informador sobre el siervo de Dios</i>	<i>95</i>
2.4.2. <i>La investigación sobre la limpieza de sangre</i>	<i>97</i>
2.4.3. <i>La fama de santidad in genere y la fama de milagros</i>	<i>99</i>
2.4.4. <i>La fama de santidad in specie. La virtud en grado heroico</i>	<i>103</i>
2.4.5. <i>El espíritu de penitencia, el alimento y el sueño</i>	<i>105</i>
2.4.6. <i>La fundación de los Descalzos de San Francisco</i>	<i>110</i>
2.4.7. <i>El don de consejo y el don de profecía</i>	<i>112</i>
2.5. Conclusión	115
2.6. Documentación	119

Capítulo 3. La virtud heroica y el dominio sobre la naturaleza	181
3.1. Introducción	181
3.2. El proceso en la diócesis de Coria en 1616	188
3.2.1. <i>El inicio de la causa en la catedral cauriense</i>	188
3.2.2. <i>Los tres testigos de Torrejoncillo</i>	190
3.2.3. <i>Los nueve testimonios de El Pedroso</i>	193
3.2.4. <i>Los últimos seis testigos en la ciudad de Coria. El convento de La Concepción</i>	197
3.2.5. <i>La clausura del primer proceso remisorial en Coria</i>	201
3.3. El dominio de la naturaleza	203
3.3.1. <i>La intervención sobrenatural sobre el orden físico</i>	204
3.3.2. <i>El gobierno heroico sobre el cuerpo humano</i>	209
3.3.3. <i>El dominio de la voluntad</i>	216
3.4. La fundación del convento de El Palancar en 1557	222
3.5. Conclusión	228
3.6. Documentación	231
 Capítulo 4. El confesor del Emperador	 297
4.1. Introducción	297
4.2. La interpretación canónica de la documentación histórica	302
4.2.1. <i>La patente del ministro provincial y el decreto del nuncio del 4 de mayo de 1615</i>	303
4.2.2. <i>Los cuatro primeros testimonios, recogidos en Yuste el 3 de diciembre de 1615</i>	304

4.2.3. <i>La prueba testifical en Plasencia entre el 7 y el 25 de diciembre de 1615</i>	308
4.2.4. <i>Dos testigos entre los franciscanos de Garrovillas, diócesis de Coria</i>	313
4.2.5. <i>La declaración del notario y el escatocolo del proceso placentino en enero de 1616</i>	314
4.3. El ministerio de la santificación	315
4.3.1. <i>El silencio de los testigos</i>	316
4.3.2. <i>La raíz de su sabiduría sobrenatural, la fuente de su potencia heroica para la virtud</i>	319
4.3.3. <i>La compleja formulación de un ministerio único</i>	323
4.3.4. <i>La representación del pueblo de Dios</i>	329
4.4. Conclusión	335
4.5. Documentación	339
Bibliografía general	401

Prólogo

Como obispo de la diócesis de Coria-Cáceres, me siento honrado de prologar este primer volumen sobre san Pedro de Alcántara en Extremadura y agradezco a su autor, don José Antonio Calvo, profesor de Historia de la Iglesia medieval en la Universidad Pontificia, este fruto maduro de sus diligentes investigaciones y su disponibilidad generosa para colaborar en nuestra diócesis en la difusión de la figura de nuestro patrono.

San Pedro de Alcántara fue declarado patrono de estas tierras cacereñas por el papa Clemente X el 23 de diciembre de 1675, un patronazgo que más tarde asumió como propio la Diputación Provincial de Cáceres, el 18 de octubre de 1954, y que unos años después, el 22 de febrero de 1962, el papa san Juan XXIII extendió a toda Extremadura junto con nuestra Señora de Guadalupe con un breve pontificio que lleva el significativo título *Commune patriae solum* (El común suelo de la patria), justificando su decisión por el gran arraigo del santo alcantarino en nuestra tierra.

Efectivamente, a medida que viajo por nuestra geografía, me asombro cada vez más de lo arraigada que está la memoria de san Pedro de Alcántara en esta diócesis, con imágenes, esculturas y cuadros en parroquias o museos, con escritos y relatos vinculados a lugares que conservan las huellas de su paso en muchos de nuestros pueblos y ciudades: comenzando por su villa natal, Alcántara, y terminando por El Palancar, su última residencia en nuestra tierra antes de marchar a Arenas de San Pedro donde falleció, y entre uno y otro lugar, san Pedro de Alcántara pasó por Coria, Garrovillas, Arroyo de la Luz, Brozas, Torrejoncillo, Cañaveral, Riolobos, Galisteo, Plasencia, Los Majarretes, la ermita de Dios Padre... y tantos otros. Toda una geografía regada de su presencia y su recuerdo.

El proceso de beatificación y canonización, a cuyo estudio se ha dedicado don José Antonio Calvo, recoge las impresiones que el santo franciscano dejó en aquellos que tuvieron la suerte de conocerlo y de ser testigos de su vida penitente. Todas ellos reflejan la huella imborrable y el gran bien que hizo levantando su ánimo y su esperanza.

Son muchos los relatos e impresiones del rastro que fue dejando san Pedro de Alcántara en los pueblos por los que pasó y que se fueron transmitiendo de padres a hijos. Para ellos san Pedro de Alcántara era un héroe a lo divino, un santo en vida, que despertó gran interés en aquellas gentes sencillas, sobre todo por su proverbial austeridad y abnegación personal, unida a su trato afable.

Cuentan que, cuando san Pedro iba a Coria, se asomaba la gente a las ventanas y a las puertas para verlo pasar porque llamaba la atención por su porte penitente, su figura delgada y alargada; algunos se fijaban en sus pies que, debido a su descalcez, tenían los dedos desollados por los tropezones y se le formaban grandes grietas que cosía con lezna y cabo de zapatero. Llevaba la cabeza toda calva, y siempre andaba descubierto, con la capilla del hábito quitada. Eran excesivos sus ayunos y sus viglias. Solo dormía una hora y media al día y lo hacía sobre un tronco en su celda, cuyas dimensiones más parecían las de una sepultura que las de un dormitorio... Ciertamente, la penitencia a la que sometió su cuerpo despertó y despierta, ayer como hoy, más admiración que imitación.

Sin embargo, mediante sus penitencias, san Pedro de Alcántara fue, en realidad, un modelo de regeneración moral y espiritual no solo para los franciscanos descalzos, sino para la sociedad entera de su tiempo. Todos le buscaban y apreciaban su consejo y compañía: los santos como santa Teresa, los nobles (los condes de Oropesa, Diego Enríquez, Guiomar de Ulloa y un larguísimo etcétera), incluso el mismo emperador Carlos V, pero sobre todo las gentes del pueblo: su palabra y su presencia, abaladas por su vida radical, tenían fuerza moral, gozaban de autoridad. Como otro Juan Bautista, vestido de piel de camello y alimentado de langostas y miel silvestre, al que la gente de Jerusalén salía a pedirle consejo, así san Pedro era considerado el santo de los pobres de la tierra, con los que se identificó y a los que dio motivos de esperanza en momentos críticos, en aquellos “tiempos recios” en toda España. El santo alcantarino dejó su impronta, su huella profunda, en aquellas sufridas gentes de Extremadura. El ayuno y la penitencia que él practicó en grado heroico era una forma de identificarse y compartir la suerte de los más desfavorecidos, movido por el amor de Dios. Siendo él de familia acomodada, el Señor le pidió ser signo para su época, para los que no

sabían cómo salir adelante, privándose no solo de lo superfluo, sino aún de lo necesario en favor de los que tienen menos.

A san Pedro de Alcántara le tocó vivir una época turbulenta, con el terremoto que supuso Lutero, la llegada a América, las guerras contra el turco, burgueses y comerciantes potenciando las ciudades y dejando en el olvido los pueblos... San Pedro de Alcántara no fue un conquistador, ni un soldado ni un comunero, tampoco fue un evangelizador de América. Abanderó una respuesta interior a aquel momento convulso. Recorrió descalzo de norte a sur y de este a oeste esta tierra nuestra de Extremadura, para enseñar, por la vía de la humildad y la sencillez, que la pobreza no tiene por qué ser déficit de dignidad, sino todo lo contrario.

San Pedro de Alcántara con su exigencia personal, su renuncia voluntaria, su austeridad material, sin duda más allá de los límites de lo razonable, fue sobre todo un profeta para su tiempo, un aliento para los que peor lo pasaban, a los que levantaba el espíritu con solo verlo, un modelo ético y una referencia vital para vivir en esas condiciones difíciles, sin perder la fe y manteniendo la esperanza.

Desde El Palancar, san Pedro de Alcántara se convirtió, para las sencillas gentes de la vega del Alagón, no solo en un espejo donde mirarse y verse reflejados, sino en un referente seguro, en un testigo audaz de que era posible ir un poco más allá, de que el espíritu podía triunfar sobre la penuria material y la impotencia, de que una nueva sociedad más fraterna y solidaria, podía surgir en medio de tanta estrechez.

Gracias a la investigación de don José Antonio Calvo, que recoge los recuerdos de los testigos de su proceso de canonización a finales del siglo XVI y principios del XVII, el testimonio de san Pedro de Alcántara sigue vivo para nosotros, que también nos encontramos en “tiempos recios”, en una sociedad individualista y competitiva, movida por intereses más que por grandes ideales, en los que la fraternidad universal, la solidaridad con los que quedan al margen de la sociedad y la dignidad infinita de las personas se ve comprometida por las guerras, las luchas de poder, los beneficios y los intereses comerciales. También nosotros necesitamos mirar y admirar a san

Pedro de Alcántara que, con la desproporción de su vida austera, nos remite a no perder de vista lo realmente importante en esta vida.

En Cáceres todos tenemos algo de *alcantarinos*, aunque no hayamos nacido en Alcántara. Nuestro patrón nos trasmite valores que forjan nuestra personalidad e influyen en nuestra convivencia. San Pedro de Alcántara nos contagia la autenticidad, el desprendimiento de nosotros mismos, y la entrega sin medida a Dios y a los demás, configurando nuestro carácter, nuestra forma de vivir y practicar la religión.

† Jesús Pulido Arriero, obispo de Coria-Cáceres

Introducción

I

La vida, la fama de virtud heroica y los signos que se atribuyeron a san Pedro de Alcántara (Alcántara, Cáceres, 1499-Arenas de San Pedro, Ávila, 1562) fueron consignados en una extensa serie de autos testificales y expedientes procesales durante la segunda mitad del siglo XVI y las primeras décadas del XVII, compilados con motivo de la investigación para su canonización, proclamada en 1669.

El análisis de esta documentación, conservada en gran medida en el fondo *Processus* de la Sagrada Congregación de Ritos, hoy depositado en el Archivo Apostólico Vaticano, constituye el punto de partida de un trabajo, iniciado en 2010, que pretende identificar, transcribir, editar según criterios actuales e interpretar las fuentes sobre el penitente franciscano y ofrecer una reconstrucción crítica de su memoria. En esta aproximación historiográfica, hemos tratado de evitar que quedáramos atrapados en condicionantes de escuela o en exigencias preconcebidas, manteniendo la prioridad del examen diplomático de las fuentes.

La canonización, decretada en el consistorio del 28 de abril de 1669, estableció un marco de comprensión singular que no podemos soslayar. La acogida eclesial, social y personal eleva el nivel de exigencia intelectual que este trabajo requiere. Los estudios sociológicos sobre *Les Cadres sociaux de la mémoire* (Alcan, 1925) de Maurice Halbwachs (1877-1945) y sobre *Les Lieux de mémoire* (Gallimard, 1984-1992) de Pierre Nora (1931-2025) han podido condicionar, en parte y siempre desde la distancia, algunos de nuestros planteamientos. Tampoco descartamos la influencia que haya podido ejercer en nosotros *La Sainteté en Occident aux derniers siècles du Moyen Age. D'après les procès de canonisation et les documents hagiographiques* (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 1988) de André Vauchez (Thionville, 1938), con algunas intuiciones valiosas, que podríamos asumir.

En este marco hermenéutico, hemos querido mantener un enfoque historiográfico propio en el que la documentación, que se presenta íntegra en los sucesivos anexos, ha sostenido el discurso explicativo y ha guiado nuestras conclusiones.

II

Esta primera monografía, parte de un estudio completo y sistemático, comprende los cuatro primeros capítulos dedicados a san Pedro de Alcántara en Extremadura.

El primero recoge el cuestionario por el que fueron examinados los testigos en el proceso de canonización en las primeras décadas del siglo XVII. La construcción de la identidad católica en España exigió ejemplos preclaros de santidad. La experiencia mística del santo alcantarino y, sobre todo, su práctica ascética, se situaron frente a las tesis de los reformadores alemanes, ingleses, franceses y suizos. Además, contribuyeron a elaborar un sólido programa de regeneración de la vida cristiana en los territorios meridionales de la Europa postridentina.

El segundo analiza e interpreta los interrogatorios que tuvieron lugar en Alcántara, donde nació san Pedro en 1499. En la mente del postulador, se trataba de probar la limpieza de sangre del siervo de Dios; esto es, que entre sus ancestros no había nadie de origen judío o musulmán, y que ningún familiar suyo había sido represaliado por la Inquisición. La rígida segregación impuesta en la sociedad peninsular del seiscientos y la demarcación de algunos elementos constitutivos de la identidad española de la primera Modernidad se trasladaron también a los procesos de canonización; lo que, en la práctica, se traducía en una cierta aristocratización del cielo, extraña sin duda a la tradición cristiana occidental.

El tercero estudia el resultado del sumario informativo que se desarrolló en la diócesis de Coria, hoy Coria-Cáceres, a principios de 1616. El postulador de la provincia de San José de los Descalzos de San Francisco trató de confirmar jurídicamente la fama de virtud y los signos del fundador

del monasterio de El Palancar, en Pedroso de Acim, erigido en 1557. En particular, se trataba de verificar testificalmente la capacidad sobrenatural del penitente alcantarino de intervenir en el orden de la naturaleza física, biológica, moral y espiritual como signo de una vida heroica de santidad e indicio de un trato singular con la Providencia.

El cuarto y último capítulo trata de desentrañar el recuerdo sobre su vida, su virtud y el ejercicio de su ministerio sacerdotal que perduraba, a principios del siglo XVII, en algunos conventos de la diócesis de Plasencia. La noticia sobre su predicación y la celebración de la eucaristía, que prolongaba durante horas en la oración personal, y la reconciliación sacramental como parte fundamental de la dirección y curación espiritual cobraron cierto protagonismo en la tradición hagiográfica de las comunidades religiosas. En este ámbito, fueron más escasas las referencias sobre penitencias rigurosas o fenómenos sobrenaturales confirmadas en otros lugares del territorio peninsular, también en Portugal.

La nómina de quienes acudieron a recibir sus consejos fue extensa. El emperador Carlos V, retirado en Yuste desde el 3 de febrero de 1557, también pretendió beneficiarse de la potencia espiritual del franciscano, como reconocieron muchos de los testigos que intervinieron en los autos de 1615 y 1616. San Pedro rehusó con amabilidad esta invitación al considerar que no era voluntad de Dios que quedase atrapado en un ministerio excluyente que le hubiera impedido mantener su incansable actividad apostólica en las demás comarcas extremeñas.

III

Está prevista una segunda parte sobre la memoria colectiva que dejó san Pedro en la diócesis de Plasencia que precederá a las que podamos ofrecer más adelante sobre los territorios de las jurisdicciones de Toledo y Ávila. Con el tiempo, cabría plantear otros trabajos monográficos sobre los procedimientos legales que se confirmaron entre 1601 y 1669 y las sucesivas actuaciones de la Sede Apostólica y las curias de diferentes diócesis y

provincias religiosas en la Monarquía Católica y en algunas cancillerías europeas.

En último término, también resultaría interesante recuperar algunos textos que se redactaron a partir de 1585, como la *Crónica de la provincia de San Joseph* del padre Ángel de Badajoz y su continuación en los trabajos de Juan de Santa María, Martín de San José o Juan de la Trinidad.

IV

La desaparición de buena parte de la documentación coetánea nos obliga a reinventar el acceso para comprender, en toda su grandeza, la vida y el ministerio de san Pedro de Alcántara. Esta nueva vía permitirá también identificar los rasgos de su ejemplaridad, de raíz evangélica; su potencia espiritual, señalada durante el procedimiento; y las consecuencias del consistorio de 1669 para la Iglesia y para la sociedad.

Asumida la distancia con la verdad preterintencional verificable documentalmente, conferimos buena parte de la prioridad interpretativa a los procesos canónicos y a los autos testificales celebrados a partir de 1601. En esta comprobación, no es menor la fuerza del juramento proferido, aunque compensado, sin duda, por una nada desdeñable admiración eclesial, social y personal hacia el sujeto de que se trata. En este punto, se hace más necesaria la crítica textual y el establecimiento de los límites en una frontera imprecisa entre la verdad histórica y la exégesis teológica que podamos hacer.

No sería posible, por ejemplo, comprobar la historicidad de ninguno de los milagros, al menos dieciocho, que se atribuyeron, durante el proceso de canonización, a la potencia sobrenatural (*ante mortem*) e intercesión (*post mortem*) del franciscano.

No habría, sin embargo, ningún problema historiográfico en definir la explicación que de esta creencia hicieron sus contemporáneos. Por lo tanto, cabe analizar con la sobriedad expositiva que la ciencia histórica requiere las consecuencias que provocó, el cambio que se operó en sus vidas y la generalización de los actos de piedad y devoción personal y eclesial que se

identifican en la documentación. También cabe interpretar la transformación del territorio, es decir, la construcción de nuevos conventos, la consagración de altares o la creación de rutas de predicación itinerante y estructuras de peregrinación hacia los lugares más representativos de su existencia, como Alcántara, El Palancar y Arenas de San Pedro, entre otros.

V

Ofrecemos, por tanto, una primera monografía que representa, en parte, un lugar de llegada de los trabajos de los últimos dieciséis años y, en parte, el inicio de algo que podría llegar a ser una nueva serie sobre este complejo personaje que nos ocupa.

Se trata, en cualquier caso, de un encargo en construcción. Como decía mi maestro, José Ignacio Tellechea (1928-2008), los historiadores no terminamos los trabajos, los dejamos. Eso quiere decir que dejamos aquí este estudio, en cuatro capítulos; pero está sin terminar. Convendrá, por tanto, volver a él para completarlo, tal vez un poco más adelante.

Ávila, 18 de abril de 2026

